

El arquitecto versus la ciudadanía: ¿cuál es el rol de la participación en arquitectura?*

The architect versus the citizenry:
what is the role of participation in architecture?

Cristina Dreifuss-Serrano**

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas

Recibido: 30 de agosto de 2022

Aceptado: 8 de octubre de 2022

Resumen

La arquitectura participativa se ha hecho cada vez más presente tanto en el discurso como en la práctica arquitectónica de las últimas dos décadas. Se hace importante cuestionarnos hasta qué punto la participación es real, y si es que la completa práctica de esta, como un libre ejercicio de la ciudadanía dentro de los procesos de diseño, no contradice las prácticas de la arquitectura. A través de la reflexión teórica producto de la observación de ejemplos, se proponen riesgos y lecciones de los procesos participativos, tanto para la enseñanza como para la práctica de la arquitectura en el contexto contemporáneo.

Palabras clave: arquitectura participativa, enseñanza-aprendizaje, profesión, crítica.

Abstract

Participatory architecture has become increasingly present both in the discourse and in the architectural practice of the last two decades. It is important to question to what extent participation is real, and if the complete practice of it, as a free exercise of citizenship within the design processes, does not contradict the practices of architecture. Through theoretical reflection resulting from the observation of examples, risks and lessons of participatory processes are proposed, both for teaching and for the practice of architecture in the contemporary context.

Keywords: *participative architecture, learning-teaching processes, profession, criticism.*

* **Antecedentes del documento.** Este artículo se escribió como parte del proyecto de investigación “Volunturismo”, iniciado en 2018.

** **Cristina Dreifuss-Serrano.** Arquitecta por la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas. MSc en Arquitectura: Teoría, Historia y Crítica por la Universidad Nacional de Ingeniería. Doctora en Teoría de la Arquitectura por la Università degli Studi di Roma “La Sapienza”.

Participación y procesos participativos

En 1969, el ensayo fundacional de Sherry Arnstein, “A Ladder of Citizen Participation” inicia con una definición potente del término “participación” como un término que define el poder de los ciudadanos (Arnstein, 1969, p. 216). Implica la inclusión de poblaciones tradicionalmente marginadas, y es, al mismo tiempo, una estrategia para compartir información, fijar metas conjuntas, y distribuir beneficios de manera equitativa. Todo esto solo es posible cuando se produce una redistribución de poder. Luego de más de medio siglo, la definición sigue teniendo vigencia.

Sin embargo, al centrar nuestra atención en el campo de la arquitectura, nos encontramos con roles tradicionales que parecen ir en contradicción con estas premisas. El arquitecto, el promotor, el dueño, siguen siendo los personajes con poder dentro de los procesos de la arquitectura, y muchas veces usuarios y ciudadanos son vistos como un aspecto más pasivo frente al proceso de construir y al edificio terminado.

¿Es posible que ambos aspectos, la participación y el rol del arquitecto, sean incompatibles? Sea por la falta de oportunidades laborales, o por una genuina conciencia ética y social, muchos arquitectos y colectivos se volcaron hacia los proyectos de pequeña escala, la acupuntura urbana, y, sobre todo, una aparente actitud de búsqueda de diálogo con los usuarios de los futuros proyectos.

La autoconstrucción como participación ciudadana

El acto de mejorar o adaptar el entorno sin contar con el respaldo de instituciones formales parece ser un rasgo intrínseco del ser humano a lo largo de su historia (Douglas, 2018). En América Latina y otras regiones del mundo en desarrollo, la construcción y consolidación de ciudades, sobre todo en sus periferias, ha sido posible gracias a mecanismos participativos espontáneos, que surgen de procesos de urbanización informal.

Podemos encontrar un gran número de críticas hacia el urbanismo espontáneo des-

controlado y los procesos de participación de autoayuda (Ward, 1982). Sin embargo, y sin dejar de lado los problemas sociales y el hecho de que los asentamientos informales sean consecuencia de la pobreza y la falta de planificación, ha habido algunos argumentos de peso a favor de esta forma espontánea de construcción a través de la participación de las comunidades.

John Turner, luego de extensos estudios de campo en asentamientos informales en Lima, afirmó que “las únicas formas y medios a través de los cuales se pueden obtener bienes y servicios satisfactorios” es cuando son “producidos localmente a través de estructuras de red y tecnologías descentralizadas” (Turner, 2009 [1976], p. 5). Christopher Alexander, en el mismo espíritu, afirmó que “solo la gente puede guiar el proceso de crecimiento orgánico de una comunidad. Ellos saben más acerca de sus propias necesidades, y saben más sobre qué tan bien o qué tan mal están funcionando sus habitaciones y edificios, caminos y espacios abiertos” (Alexander, Silverstein, Angel, & Ishikawa, 1975, p. 38).

Las tendencias recientes en el urbanismo DIY¹ y los estudios sobre la autoayuda y la informalidad latinoamericana han desarrollado aún más este campo de conocimiento en los últimos quince años (Hernández, Kellett, & Allen, 2010). Desde la perspectiva de la arquitectura y el urbanismo, los estudios sobre procesos de diseño participativo siguen dos tendencias. La primera está constituida por las publicaciones que presentan proyectos concretos, centrados en aspectos técnicos, arquitectónicos o urbanísticos (Alexander, 2005 [1980]; Friedman Y., 2009; Miessen & Basar, 2009). La segunda comprende publicaciones de orientación teórica que se apoyan en estudios de casos sobre la disciplina de la participación en la arquitectura (Hill, 1998), organización y procesos (Albrecht, 1988), y aspectos y contextos sociales (Klaufus, 2000; Jones, Petrescu, & Till, 2005; Jenkins & Forsyth, 2010). Estos estudios adoptan frecuentemente enfoques multidisciplinarios.

Una idea frecuente que encontramos en la investigación sobre informalidad urbana es que los mecanismos tienen la ventaja

de ser cinéticos, adaptables en el tiempo y respuestas rápidas a problemas cotidianos (Mehrotra, 2010), así como respuestas a mecanismos de autorregulación, nacidos de las lógicas de habitar de la misma población que los practica. A raíz de estos hechos, se podría argumentar que la participación es la forma natural de hacer las cosas para los seres humanos, de manera espontánea e informal (De los Reyes & Botero, 2012).

La mencionada crisis económica reciente ha obligado a los arquitectos a pensar en alternativas a sus prácticas y es por eso que, junto con la investigación sobre la informalidad, el diseño de arquitectura “para los pobres” se ha convertido en una tendencia. El arquitecto llega al asentamiento informal y ofrece sus conocimientos para construir infraestructura con el apoyo de la comunidad. En algunos casos, esto responde a una actitud altruista legítima. Sin embargo, se ha vuelto frecuente encontrar casos en los que la participación no es más que “la nueva moda” dentro de la arquitectura, por razones sociales o publicitarias, o simplemente porque el mercado de la arquitectura estrella se ha ido agotando.

El aumento de proyectos motivados por ayudar al otro a través del diseño participativo, coordinado y ejecutado por arquitectos o estudiantes de arquitectura ha ocupado un espacio importante dentro de la difusión de la arquitectura.

La principal crítica es que, con frecuencia, estos proyectos parten de una simplificación idealista de problemas muy complejos, con una perspectiva superficial que no siempre considera mecanismos de participación o, cuando los considera, no aborda sus complejidades inherentes. Arquitectos que proponen “soluciones” a los problemas de las periferias a través de proyectos o planes urbanos, espacios de diálogo promovidos por los municipios locales, proyectos de tesis sobre la ciudad informal muchas veces basados en investigaciones superficiales, talleres de arquitectura en asentamientos periféricos, viajes de estudio que promueven el *volunturismo*, son solo algunos ejemplos que, bajo el título genérico de “procesos participativos”, se han convertido en una fuerte tendencia en nuestra región.

Principales errores o la falsa participación Postcolonialismo y paternalismo

La mayor parte de la literatura sobre procesos participativos en arquitectura ha sido escrita por académicos o profesionales del hemisferio norte. Sus descripciones de estudios de caso presentan dinámicas en las que ciudadanos de países desarrollados organizan el diseño participativo para los habitantes de algún contexto en vías de desarrollo. Si bien existe un discurso sobre el reconocimiento del “otro” y sus dinámicas, se corre el riesgo de que este quede como una anécdota, y se perpetúa así el desbalance de poder, como una situación percibida entre las comunidades anfitrionas y los diseñadores (Oyugi, Nocera, Dunckley, & Dray, 2008, p. 295).

En estas experiencias, dichos académicos del hemisferio norte con especial interés en la ciudad informal del hemisferio sur organizan grupos de estudiantes y profesores, con el fin de identificar un problema y proponer una solución, a través de la investigación y el trabajo más o menos directo con la población local, lo que involucra una estadía en el lugar a intervenir². Debido a la organización de los cursos académicos, la colaboración en el sitio suele ser breve, lo que hace casi imposible establecer la confianza que permitiría un diálogo y una participación reales (Simpson, 2004), donde el respeto mutuo permita soluciones conjuntas.

Procesos similares pueden darse incluso al interior de una misma ciudad, en la que participantes de ciertas áreas consolidadas buscan intervenir barrios empobrecidos (Dreifuss-Serrano, 2018), a través de experiencias académicas de participación. Debido a las diferencias al interior de nuestras ciudades, el desconocimiento de unos grupos sobre otros es casi comparable a la experiencia extranjera.

Para los visitantes, muchas veces el interés no está en el proceso altruista en sí mismo, sino en visitar un lugar que se considera exótico, o en aumentar la suma de experiencias para el currículo, para futuras oportunidades laborales (Bailey & Russell, 2012; Simpson, 2004). “Contrariamente a su propósito moral original, la participación a menudo se usa para satisfacer requisitos académicos

obligatorios y no tiene la intención de involucrar completamente a la comunidad” (Hou & Rios, 2003, p. 20). El proceso de diseño participativo termina considerando a la población local como un objeto o atractivo, donde la oportunidad laboral deja de ser recíproca, y el territorio local se convierte en un lugar de experimentación para arquitectos y estudiantes.

A través de este enfoque postcolonial, el proceso también consolida un poder asimétrico, entre los que saben y los que no, según estándares occidentales o del hemisferio norte. Esto impacta “en el desarrollo político, económico y social tanto del antiguo colonizador como del colonizado” (Pastran, 2014), mientras transforma todas las posibilidades de intercambio y comunicación reales en interpretaciones libres de las opiniones de los locales a través de una lente estandarizada.

Aun en los casos en los que todos los participantes pertenecen a la misma ciudad, las diferencias económicas y sociales funcionan de la misma manera, estableciéndose dos grupos de los cuales el arquitecto es el que sabe y el que llega a decidir. Esta dinámica, de acuerdo con la idea tradicional del rol del arquitecto, lo asume como intérprete unidireccional y no sólo como proveedor de los requerimientos de sus clientes, sino también como quien legitima las decisiones a tomar y la medida en que los demás se involucran (Susskind & Elliott, 1983).

En los países en desarrollo, la práctica de la arquitectura sigue siendo mayoritariamente elitista. Durante algunos procesos observamos cierta manipulación intencionada de la participación por parte de los intereses de estos grupos de poder, de modo que, al final, “esta participación no es tan empoderadora. Son fragmentos, individualistas y aun frecuentemente elitistas, en muchos sentidos no igualmente abiertos a todos” (Douglas, 2018, p. 171). Siguiendo los principios fundamentales del diseño participativo, sobre el diálogo y la colaboración, los arquitectos deben entender que los ciudadanos a los que sirven son co-diseñadores, y que “necesitan compartir su poder con ellos y reconocer sus diferentes e igualmente valiosas experiencias” (Bratteteig & Wagner, 2014, p. 2).

Superficialidad y difusión mediática

La imagen del arquitecto, promovida durante la modernidad, es la de un solucionador de problemas con un conjunto de valores establecidos (Till, 2009). Su formación no siempre enfatiza la importancia de una investigación profunda de los diferentes aspectos involucrados en el diseño. Son pocas las oportunidades para que el estudiante dialogue con no-arquitectos, y menos aún, para involucrarse en verdaderos procesos de diseño participativo, en los que su papel sea el de partícipe, desde su propia disciplina, y no el de director de orquesta.

Así, muchas de las propuestas son producto de ideas preconcebidas sobre el lugar a intervenir, su población y dinámicas socio-culturales. “Se trata únicamente de apropiarse banalmente de unas realidades no comprendidas, de las que en rigor se ignora completamente todo” (Massad, 2018, p. 96). No se trata sólo de falta de herramientas de análisis, sino de una actitud que tiende a simplificar los problemas y, por tanto, a proponer soluciones inadecuadas. Si esto se hace en el marco de una dinámica que no enfatiza el diálogo real, los resultados pueden no ser los que la población necesita, o incluso tener un impacto negativo en la comunidad.

Las redes sociales y la opinión pública han alimentado un aura de glamour en torno al voluntario. Quienes participan en procesos participativos de ayuda a los más necesitados, desde una posición acomodada de clase media o alta, sienten que la experiencia debe hacerse pública, subiendo a las redes sociales fotografías que frecuentemente los hacen parecer salvadores, especialmente frente a los ojos de sus propios compañeros (Jenkins & Forsyth, 2010). Esto es especialmente notorio en el interés del hemisferio norte en el tercer mundo, aumentando a raíz de la crisis económica. Los arquitectos, reforzando ideas de pintoresquismo y dependencia (Massad, 2018) han aprovechado la coyuntura para embarcarse en proyectos de redescubrimiento e intervención.

La difusión mediática atrae a personas que pueden no estar en sintonía con los diferentes aspectos y complejidades del proceso (Toomey, 2017). Por otro lado, a través de las imágenes se difunden y perpetúan ideas sim-

plistas sobre “los pobres” o “la periferia”, “basadas en dualidades y diferencias más que en híbridos o en un reconocimiento de las relaciones multidimensionales” (Pastran, 2014, p. 47).

¿Qué lecciones nos dan los procesos participativos?

La lógica de los procesos espontáneos

En los países desarrollados, la intervención sobre el espacio urbano está regulada y controlada, por lo que las mediaciones espontáneas son menos frecuentes. En entornos en desarrollo, con regulaciones superficiales y mecanismos de control poco eficientes, es principalmente a través de mecanismos informales y participativos que las ciudades se expanden y consolidan. Los grupos vecinales se organizan para designar líderes, colaboran en la construcción de viviendas y, en la medida que las posibilidades lo permiten, intervienen en el espacio público, a través de procesos creativos que permiten construir lenguajes y símbolos particulares (De los Reyes & Botero, 2012).

Los resultados no siempre son exitosos, y los problemas de estas ciudades informales y su relación con las actividades y sistemas formales son evidentes, aunque la reciente consolidación de los asentamientos ha desafiado la premisa polarizada de informal/formal (Doherty & Lino e Silva, 2011). Se ha observado que detrás de estas soluciones creativas hay grupos humanos que no solo se involucran con su entorno, sino que también forman lazos de solidaridad que permiten, a su vez, la búsqueda de soluciones a los nuevos problemas que puedan surgir.

Cuando los procesos de diseño participativo comienzan con el aprendizaje de relaciones y procesos ya establecidos, y se adhieren a la idoneidad de los procedimientos, los profesionales se convierten en aliados en las iniciativas de base (Hou & Rios, 2003), mientras ayudan a las comunidades dentro de su propia área de especialización. En comparación con los procedimientos establecidos, las dinámicas informales podrían resultar más simples y rápidas en la resolución de problemas, no solo para el sur global, sino también para las ciudades consolidadas. “Se requieren formatos exploratorios más casuales de

compromiso con las personas, y en lugar de planificar el proyecto de desarrollo de sistemas que lo abarque todo, el diseño participativo debe avanzar hacia exploraciones de diseño experimentales e iterativas para proporcionar la comprensión necesaria de los complejos contextos y prácticas actuales” (Bereton & Buur, 2008, p. 101). El estudio de las prácticas *bottom-up*³ podría resultar útil a este respecto.

Apropiación y apego al lugar

Además de las ventajas económicas del trabajo participativo en la ciudad informal, junto con el fortalecimiento de las iniciativas locales y el aumento de la participación de la población, las ventajas emocionales en la construcción y consolidación del espacio público son muchas. Se ha observado que, a pesar de la precariedad, los habitantes de la ciudad informal muestran una cercanía afectiva con sus hogares (Douglas, 2018) que, en ocasiones, son una extensión de la vida familiar y de sus aspiraciones.

Porteous (1976) ha argumentado que poseer una casa produce tres tipos de satisfacción: (a) control sobre el espacio *per se*, (b) personalización del espacio como afirmación de identidad, y (c) estimulación, al pensar en posibilidades y mejoras futuras, idea que también desarrolla Gibson (2015 [1979]), al plantear el concepto de asequibilidad⁴. Una estrecha conexión con un objeto, extendida a la casa o al espacio urbano, constituye una propiedad psicológica (Pierce, Kostova, & Dirks, 2003). “Cuando las personas están involucradas en resolver un problema o construir algo, le dan un mayor valor a esa actividad y es más probable que continúen invirtiendo tiempo y esfuerzo en ella” (Dick, Eden, Fischer, & Zietz, 2012, p. 49). Es a través de actos creativos cotidianos que los usuarios se apropian del espacio que les rodea (De Certeau, 2002 [1984]).

La participación directa en el diseño y construcción del espacio habitable también conduce a una mayor flexibilidad, de modo que, a pesar de las imperfecciones técnicas, las unidades de vivienda se adaptan a las necesidades de sus habitantes, y a la variación de estos en el tiempo, lo que a su vez aumenta los niveles de satisfacción de los ciudada-

nos. Los estudios sobre casas de autoconstrucción en América Latina han demostrado que también existe el orgullo de haber participado directamente en la construcción de la vivienda familiar (Klaufus, 2000; Hordijk, 2015), que a veces puede ser incluso más importante que los aspectos arquitectónicos, económicos y funcionales.

¿Un nuevo paradigma para la disciplina?

Dado que el término participación y las acciones ligadas a este ocupan un lugar destacado en el discurso de la práctica de la arquitectura y el urbanismo, se hace indispensable revisar tanto la literatura como la práctica reciente que se describen como tales. Las observaciones han demostrado que muchos de los llamados proyectos de diseño participativo no lo son realmente. En estos casos, el arquitecto parece esperar una prolongación del mundo de la oficina tradicional, en el que la comunicación es mayoritariamente unidireccional y su rol, protagónico.

Es así como se dan situaciones en las que los practicantes y estudiantes extranjeros llegan a las comunidades anfitrionas con un diseño ya planificado, sin haber estado en el lugar o hablado con la comunidad. El tener imágenes o videos como herramientas para conocer sitios y situaciones complejas puede acercarnos hasta cierto punto a la situación para la que se elaborará el diseño, pero muchas veces puede también dar la impresión de que las cosas son simples y que las soluciones se pueden estandarizar.

Incluso cuando se han hecho intentos de comunicación real, puede ser difícil para los profesionales evitar pensar en clichés y realmente escuchar sobre las necesidades y las dinámicas locales, que van desde la organización social hasta los recursos económicos. En este sentido es también importante la capacidad de los grupos de distinguir y acotar cuáles son los problemas a los que la arquitectura puede dar solución y cuáles se escapan de la disciplina.

Cuando los proyectos son financiados por el arquitecto o por instituciones extranjeras, a veces se da una situación en la que los diseñadores se perciben a sí mismos como dueños de una experiencia que ha sido compra-

da como mercancía. Como tales, se sienten con derecho a tomar decisiones unilaterales como parte de las prerrogativas de la donación.

Finalmente, debido al poco tiempo en el sitio y la falta de recursos, se espera que el proyecto, y por lo tanto todo el proceso de diseño participativo, esté terminado una vez que esté construido; son muy pocos los casos en los que los profesionales interactúan con la comunidad el tiempo suficiente para hacer un seguimiento a mediano y largo plazo.

Es quizás la actitud de los practicantes y estudiantes de arquitectura (Jenkins & Forsyth, 2010) el primer desafío para los proyectos participativos en arquitectura, ya que se ha construido como parte intrínseca de la profesión. Durante la formación en los talleres de diseño, es el arquitecto quien toma las decisiones, en procesos simplificados que abstraen, por razones frecuentemente pedagógicas, muchos aspectos complejos del proceso de diseño arquitectónico.

Una de las tareas del diseño participativo debe ser el cambio de percepciones sobre el proceso y el proyecto final, en el que el diálogo con los demás no implique baja calidad, ni una situación de pérdida de autonomía, control o poder, sino una forma diferente de ser arquitecto en la que las comunidades de acogida y los clientes tienen un patrimonio a compartir (Albrecht, 1988; Friedman, Nisbet, & Gans, 1973). Este cambio de roles no solo es indispensable para un proyecto real de diseño participativo, sino que puede ser saludable para la propia profesión (Till, 2009), que debe aportar actitudes diferentes ante nuevas dinámicas con clientes y usuarios, entendiendo que “los afectados por una decisión deben tener la oportunidad de influir en esta” (Pettersen, Geirbo, & Johnsrud, 2018).

Esas nuevas actitudes frente al proceso de diseño arquitectónico también deben incorporar la evaluación y la crítica constantes. Estas son herramientas que se encuentran en cualquier proyecto de diseño participativo en otras disciplinas, pero que han estado muchas veces ausentes en la práctica de la arquitectura.

Las lógicas de la ciudad informal en términos de la capacidad de dar respuestas rápidas a situaciones específicas están pro-

fundamente arraigadas en procesos de participación constante. Dado que la ciudad informal en las periferias latinoamericanas es autoconstruida, los ciudadanos esperan tomar parte activa en el cambio y adaptación de su entorno, y como tal, tienden a ser conscientes de lo que se puede arreglar o mejorar, mientras que toman en consideración sus escasos medios y recursos. La práctica informal de cambiar el entorno puede contarse como un nuevo formato de participación (Bereton & Buur, 2008), impulsada por diferentes motivaciones y valores.

Al iniciar un proceso de diseño, tanto los diseñadores como los usuarios pueden partir de esperar comportamientos de los otros basados en preconcepciones de los roles de cada uno. El reconocer la diferencia entre grupos y lugares también es una parte importante de un buen proceso de diseño. La propia conceptualización de lo que significa la participación cambia de un grupo a otro, y los diferentes enfoques inciden directamente en la interculturalidad y el encuentro con el otro.

Finalmente, el trabajo directo sobre la propia casa, el espacio exterior contiguo o el espacio público compartido, como hemos visto, potencia el apego al lugar y un crecien-

te sentido de identidad. Esta podría ser la raíz de una participación exitosa, que va más allá del objeto, edificio o proceso en sí mismo, y constituye más bien un cambio o una afirmación en la manera en que los ciudadanos, tanto como grupo como en su rol de individuos, sienten propiedad y pertenencia.

El arquitecto debe ser un mediador, no un solucionador. Su experiencia es una habilidad, no un derecho a gobernar. Los procesos participativos, cuando son cuidadosos y se basan en la confianza y la comunicación, enseñan a los profesionales nuevos conjuntos de valores, prioridades y necesidades.

Podríamos aprender algunas de las lecciones que nos ofrecen los entornos informales e incorporar sus lógicas y métodos a nuestras prácticas. En primer lugar, porque ha demostrado ser, hasta cierto punto, una forma eficaz de resolver problemas urbanísticos y arquitectónicos, pero también porque las lógicas de los procesos participativos informales son profundamente humanas y están impulsadas por el sentido común y los mecanismos de autorregulación. Los procesos participativos pueden ayudarnos a mejorar nuestros propios procesos de diseño y producción. ■

Notas

- 1 El urbanismo *DIY* (*Do-it-yourself*, hazlo tú mismo) o espontáneo consiste en iniciativas generadas y gestionadas por los residentes, de bajo costo, y frecuentemente diseñadas para ser temporales (Talen, 2014)
- 2 Estos viajes con objetivos de ayuda son parte de una creciente industria denominada *volunturismo*. Los viajeros tienen como principal objetivo la participación directa en algún proyecto de asistencia, en áreas tan diversas como la educación, la medicina o la arquitectura. Si bien dichos viajes suelen incluir experiencias de turismo local, este no es su objetivo principal.
- 3 Procesos que se inician en el usuario directo, y se plantean a las instancias superiores, en lugar de partir de una toma de decisión desde las autoridades que luego afecte al usuario directo o a la población. Se concentra en unidades de problemas y soluciones pequeñas que posteriormente son escaladas a generalizaciones que pueden tener un mayor alcance.
- 4 En inglés, *affordance*. Se define como el uso o propósito que las personas perciben que una cosa puede tener. Considera posibilidades a partir de los recursos físicos y creativos de los que se dispone.

Referencias bibliográficas

- Albrecht, J. (1988). Towards a Theory of Participation in Architecture: An Examination of Humanistic Planning Theories. *Journal of Architectural Education*, Vol. 42, no. 1, 24-31.
- Alexander, C. (2005 [1980]). *The Nature of Order. A Vision of a Living World*. Berkeley: The Center for Environmental Structure.
- Alexander, C., Silverstein, M., Angel, S., & Ishikawa, S. (1975). *The Oregon Experiment*. Oxford: The Oxford University Press.
- Arnstein, S. R. (1969). A Ladder Of Citizen Participation. *Journal of the American Institute of Planners*, 216-224.
- Bailey, A. B., & Russell, K. C. (2012). Volunteer Tourism: Powerful Programs or Predisposed Participants? *Journal of Hospitality and Tourism*, Vol. 19, 123-132.
- Bereton, M., & Buur, J. (2008). New challenges for design participation in the era of ubiquitous computing. *CoDesign*, Vol. 4, no. 2, 101-113.

- Bratteteig, T., & Wagner, I. (2014). *Disentangling Participation. Power and Decision-Making in Participatory Design*. New York: Springer.
- De Certeau, M. (2002 [1984]). *The Practice of Everyday Life*. Berkeley: University of California Press.
- De los Reyes, D., & Botero, A. (2012). Endearing (Re) Encounters: Participatory Design in Latin American popular context. *Proceedings of the Participatory Design Conference (PDC'12)* (pp. 85-88). Roskilde: Association for Computing Machinery.
- Dick, H., Eden, H., Fischer, G., & Zietz, J. (2012). Empowering Users to Become Designers: Using Meta-Design Environments to Enable and Motivate Sustainable Energy Decisions. *Proceedings of the Participatory Design Conference (PDC'12)* (pp. 49-52). Roskilde: Association for Computing Machinery.
- Doherty, G., & Lino e Silva, M. (2011). Formally Informal: Daily Life and the Shock of Order in a Brazilian Favela. *Built Environment, Vol. 37, no. 1*, 30-41.
- Douglas, G. C. (2018). *The Help-Yourself City: Legitimacy and Inequality in DIY Urbanism*. Oxford: Oxford University Press.
- Dreifuss-Serrano, C. (2018). Seamos aguafiestas: los problemas del volunturismo. In M. Gutiérrez Mozo, *Los proyectos de cooperación universitaria al desarrollo en el ámbito de la arquitectura y el urbanismo*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Friedman, J., Nisbet, R., & Gans, H. J. (1973). The Public Interest and Community Participation: Toward a Reconstruction of Public Philosophy. *Journal of the American Institute of Planners, Vol. 39, no. 1*, 2-12.
- Friedman, Y. (2009). *Arquitectura con la gente, por la gente*. Barcelona: Actar.
- Gibson, J. J. (2015 [1979]). *The Ecological Approach to Visual Perception*. New York: Psychology Press.
- Hernández, F., Kellett, P., & Allen, L. K. (2010). *Rethinking the Informal City. Critical Perspectives from Latin America*. New York: Berghahn Books.
- Hill, J. (1998). *Occupying Architecture. Between the Architect and the User*. London: Routledge.
- Hordijk, M. (2015). Debe ser esfuerzo propio: Aspirations and Belongings of the Young Generation in the Old Barriadas of Southern Lima, Peru. In C. Klaukus, & A. Ouweneel, *Housing and Belonging in Latin America* (pp. 81-103). New York: Berghahn Books.
- Hou, J., & Rios, M. (2003). Community-Driven Place Making: The Social Practice of Participatory Design in the Making of Union Point Park. *Journal of Architectural Education, Vol. 57, no. 1*, 19-27.
- Jenkins, P., & Forsyth, L. (2010). *Architecture, Participation and Society*. London: Routledge.
- Jones, P. B., Petrescu, D., & Till, J. (2005). *Architecture and Participation*. London: Spoon Press.
- Klaukus, C. (2000). Dwelling as representation: Values of architecture in an Ecuadorian squatter settlement. *Journal of Housing and the Built Environment, Vol. 15, no. 4*, 341-365.
- Massad, F. (2018). *Crítica de choque*. Barcelona: QUT Ediciones.
- Mehrotra, R. (2010). Foreword. In F. Hernández, P. Kellett, & L. K. Allen, *Rethinking the Informal City. Critical Perspectives from Latin America* (pp. xi-xiv). New York: Berghahn Books.
- Miessen, M., & Basar, S. (2009). *¿Alguien dijo participar? Un atlas de prácticas espaciales*. Barcelona: dpr-Barcelona.
- Oyugi, C., Nocera, J. A., Dunckley, L., & Dray, S. (2008). The Challenges for Participatory Design in the Developing World. *Proceedings of the Participatory Design Conference (PDC'08)* (pp. 295-296). Indianapolis: Indiana University.
- Pastran, S. H. (2014). Volunteer Tourism: A Postcolonial Approach. *University of Saskatchewan Undergraduate Research Journal, Vol. 1, no. 1*, 45-57.
- Pettersen, I. N., Geirbo, H. C., & Johnsrud, H. (2018). The three as method: co-creating with urban ecosystems. *Proceedings of the Participatory Design Conference (PDC'18)* (pp. 2-6). Newcastle upon Tyne: Association for Computing Machinery.
- Pierce, J. L., Kostova, T., & Dirks, K. T. (2003). The State of Psychological Ownership: Integrating and Extending a Century of Research. *Review of General Psychology, Vol. 7, no. 1*, 84-107.
- Porteous, J. D. (1976). Home: The Territorial Core. *Geographical Review, Vol. 66, no. 4*, 383-390.
- Simpson, K. (2004). Doing Development. The Gap Year, Volunteer-Tourists and a Popular Practice of Development. *Journal of International Development, 681-692*.
- Susskind, L., & Elliott, M. (1983). *Paternalism, Conflict, and Coproduction. Learning from Citizen Action and Citizen Participation in Western Europe*. New York: Springer.
- Talen, E. (2014). Do-it-Yourself Urbanism: A History. *Journal of Planning History, Vol. 14, no. 2*, 135-148.
- Till, J. (2009). *Architecture Depends*. Cambridge MA: The MIT Press.
- Toomey, N. (2017). Humanitarians of Tinder: Constructing Whiteness and Consuming the Other. *Critical Ethnic Studies, 151-172*.
- Turner, J. F. (2009 [1976]). *Housing by People. Towards Autonomy in Building Environments*. London: Marion Boyards.
- Ward, P. M. (1982). *Self-Help Housing. A Critique*. London: Mansell Publishing Limited.



